

# LAS BATALLAS SILENCIADAS

NIEVES MUÑOZ

LA BATALLAS  
SILENCIADAS



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: mayo de 2019

© Nieves Muñoz de Lucas, 2019  
© de la presente edición: Edhasa, 2019  
Diputación, 262, 2ª<sup>a</sup>  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6335-7

Impreso en Cayfosa

Depósito legal: B. 10972-2019

Impreso en España

# PRÓLOGO



## Cartas desde el recuerdo

*París, octubre de 1928*

La madera de los escalones crujió. Frédéric se quedó con un pie en el aire y la duda cincelando el gesto. Suspiró. Dilataba el momento en el que abriría la puerta del salón para buscar a su esposa. Sabía que la encontraría allí, así se lo había dicho su asistente cuando preguntó por ella al llegar a casa, una casa sobre la que habían caído el silencio y el frío húmedo del otoño en París, aunque él no supiera por qué. Debía conocer el motivo, quería conocer el motivo. Así que bajó desde el piso donde se encontraban las habitaciones hasta el recibidor mientras alternaba sus pasos con una lentitud buscada.

Estaba preocupado. Había visto a Irène revisar el correo unas horas antes, en un descanso que se habían tomado tras el último experimento. Los sobres estaban ordenados en un fajo y colocados sobre una de las mesas de su laboratorio, en el Instituto del Radio. Ocupando todo lo demás, las probetas a medio llenar de diferentes líquidos esperaban su turno, una cámara de niebla que estaban utilizando para estudiar las emisiones radiactivas reposaba junto a la pared y las anotaciones de sus progresos señalaban cada fase del experimento. La tarde se arrastraba perezosa, aprovechando que la actividad, siempre intensa, se había extinguido por un momento.

Él se había encendido un cigarrillo y exhalaba con pereza una bocanada de humo que había retenido unos instantes en sus pulmones. A través de la neblina gris, Irène se desabrochaba la bata blanca y se colocaba detrás de la oreja uno de los rebeldes mechones de su cabello corto. Había ganado algo de peso tras su batalla contra la tuberculosis, pero aún mantenía los rasgos afilados que le había procurado la enfermedad.

En una fracción de segundo, el rostro siempre sereno de su esposa se deformó en una mueca de angustia. Se llevó la mano derecha al pecho, como si quisiera mantener el corazón en su sitio, y abrió los labios en un grito silencioso. Jamás la había visto palidecer así.

Sin embargo, ella recompuso el gesto enseguida. Volvió a ser aquella con la que compartía vida y trabajo, aunque sus líneas se mantuvieron un tanto desdibujadas, como si el personaje se hubiera borrado tras ese incidente. El hombre sacudió la cabeza para ahuyentar la sensación de haber vislumbrado a una mujer muy diferente de la que conocía, y las volutas de humo se deshicieron con el movimiento. Aplastó el cigarro, cerró la ventana y volvió a sus cálculos.

Los minutos se deslizaron después entre ellos en un silencio denso. Cuando Irène le anunció que se marchaba más temprano porque le dolía la cabeza, él la besó en la frente y le dedicó una sonrisa de ánimo. No le pasó desapercibido que antes de salir se había guardado cierta carta en el bolsillo de su abrigo.

Frédéric Joliot se consideraba un hombre con una mente científica y consideraba a su mujer una persona brillante en todos los aspectos. Desde que se conocieron en el laboratorio del Instituto del Radio, eso era lo que le había atraído de ella: su inteligencia y esa seguridad que emanaba, sin importar si estaba cubierta por la bata blanca, uniformada con los vestidos grises que utilizaba a diario o vestida de fiesta en una gala.

Ese comportamiento anormal debía de tener una explicación lógica, pero un peso en el centro del pecho que nunca antes había sentido lastraba los pasos de Frédéric. Por eso había subido primero a su habitación para cambiarse de ropa cuando llegó a casa desde el laboratorio, y por eso bajaba ahora las escaleras sin el brío acostumbrado, después de haberse asegurado de que la pequeña Hélène dormía su sueño infantil en la cuna. Se había quedado observando cómo el aire redondeaba las mejillas sonrosadas cada vez que la pequeña respiraba. Los rizos claros se le habían pegado a la frente y tuvo que hacer un esfuerzo para no apartárselos. Volvió a cerrar la puerta de su habitación con un suspiro y encaró la bajada con inquietud.

Y después del último escalón, frente a él, la puerta cerrada tras la que se encontraba su esposa. Apretó el cintillo del bañín alrededor de su cintura, suspiró sin saber muy bien por qué y manipuló el pomo. El fuego de la chimenea crepitaba entre rojizos y naranjas, y un aire cálido acarició sus facciones cuando se asomó por la rendija. Irène se encontraba sentada en el suelo junto a las llamas, las piernas recogidas a un lado y la cabeza inclinada hacia las letras de la carta que aún sujetaba entre las manos. El abrigo estaba hecho un ovillo junto a ella. Por un momento, la imagen le pareció tan irreal que contempló la posibilidad de estar en medio de un sueño. Carraspeó para anunciar su presencia, pero ella estaba lejos del salón y de la casa, incluso lejos de París, y no hizo ningún gesto de reconocimiento.

–Irène... –llamó con suavidad–. ¿Estás bien?

La mujer encogió los hombros, sobresaltada, y estrujó la carta contra su pecho. Negó con la cabeza sin volverse ni decir una sola palabra. El doctor Joliot se quedó en la puerta sin saber qué hacer. Su mujer siempre se había caracterizado por su temple y un ánimo inquebrantable. Verla así le desconcertaba. Un ligero estremecimiento recorrió la espalda femenina y continuó en oleadas silenciosas. Pasaron unos

minutos hasta que él se percató de que ese movimiento se debía al llanto. Eso le asustó de veras. Irène jamás había permitido que sus emociones afloraran de ese modo. Analizaba las situaciones y tomaba la decisión que su intelecto había designado como la más coherente o apropiada al problema. Después de años trabajando codo con codo en el laboratorio y compartiendo cama, nunca hubiera esperado contemplar la imagen de la mujer que amaba afligida por un asunto del que no le había hecho partícipe. Esa sensación desagradable en la boca del estómago por no tener el control se agudizó. Las emociones femeninas le turbaban y creyó que con Irène estaba a salvo de esos espectáculos. Necesitaba que alguien le ayudara a saber qué estaba pasando. Una mujer que conociera a Irène mejor que cualquiera y que supiese cómo manejarla. Llamaría a su madre, Marie Curie.

\* \* \*

Los tacones de Marie resonaron en el pavimento mientras se acercaba a la casa de su hija. El tono de Frédéric al otro lado de la línea telefónica la había inquietado. Llamó a la puerta sin vacilar y, en cuanto esta se abrió, entró en el recibidor con la espalda erguida y escrutando a su alrededor con mirada crítica. Su yerno le salió al encuentro jugueteando con el cinturón del batín.

—¿Dónde está? —preguntó ella, frunciendo el ceño. Aún le seguía molestando profundamente ese aire de elegante mujeriego que desprendía el hombre con el que se había casado su hija. Tenía una mente brillante, sí, pero Irène estaba por encima de los asuntos del corazón. Que hubiera aceptado ese matrimonio cuando siempre había renegado de tener una pareja estable la seguía sorprendiendo.

—En el salón. Marie... —Frédéric tuvo que bajar la cabeza para enfrenar los claros ojos de su suegra—. Ha recibido

una carta y desde entonces no es ella. No sé qué es lo que ha pasado, pero nunca la había visto así. La verdad es que...

–La verdad es que no tienes ni idea de cómo tratar a mi hija, nunca la has tenido. Ella no es como tú.

La mujer giró sobre sus talones y dio la espalda al doctor, no sin antes ver cómo este apretaba los labios. Se guardaba quizás alguna imprecación que una dama como ella no estaba acostumbrada a oír. Marie, sin embargo, se quedó con ganas de escucharla. Si su yerno mostrara algo de sangre en las venas, se alegraría enormemente. Eso significaría que su idea de que se había casado con Irène por la fama y el dinero era equivocada. Con el nacimiento de Hélène se habían suavizado las cosas, pero nunca comprendería del todo el cambio de actitud de su hija respecto del matrimonio.

Cuando abrió la puerta del salón se olvidó por completo del Frédéric herido que había dejado en el recibidor. Irène continuaba observando las llamas, inmóvil. Ya no lloraba, pero con los hombros hundidos, la barbilla sobre el pecho y los dedos de la mano en la que apoyaba el peso, rígidos sobre el suelo, desprendía tal fragilidad que Marie tuvo que contenerse para no ir corriendo y abrazarla como cuando era niña. Sin embargo, no lo hizo. Sabía que su hija era una mujer fuerte, aunque tuviera fantasmas a su espalda de los que ella no sabía nada. Se acercó suavemente con el susurro de su vestido de viuda entre los tobillos y le rozó el brazo al llegar a su altura. Irène volvió el rostro para enfrentarla y Marie pudo ver que en sus ojos enrojecidos se marcaba una infinita tristeza.

–¿Lo adivinas? –le dijo mientras ella tomaba asiento en una butaca cercana.

–¿Berthe? –Era una afirmación más que una pregunta. Si algo podía sumir en ese estado de tristeza a su hija, debía de estar relacionado con Berthe.

La joven le tendió el papel arrugado que había mantenido contra el pecho todo el tiempo y Marie lo cogió con cuidado, como si la carta fuera aún más frágil que la mano que la sujetaba. Admiró por un momento la elegante caligrafía sin leer el contenido. La misiva era corta, apenas unas líneas para informar de algo que habían temido desde hacía mucho tiempo.

*Dijon, 23 de octubre de 1928*

*Querida señora Joliot-Curié,*

*Me tomo la libertad de dirigirme a usted con la confianza que me otorga la ayuda que le ha prestado a mi hija durante estos últimos años. No entiendo muy bien la relación que la unió a usted con mi Berthe, pero estoy muy agradecida por los generosos gestos de amistad que nos han mostrado usted y su maravillosa madre, aunque mi pobre niña no supo corresponderle como debiera.*

*Se imaginará el motivo de escribirle. Berthe, por fin, ha conseguido lo que quería. Comprendo que le resultará difícil llegar a tiempo, pero me gustaría que pudiera acompañarme en estos momentos tan tristes. Según su deseo, se llevará a cabo en Barleduc, como puede suponer. También le he escrito a la señorita St. John para comunicarle la noticia.*

*Atentamente,*

*Margaritte Hinault*

Marie suspiró. Tal vez ahora Irène podría pasar página y superar lo que sucedió. La guerra fue terrible para todos y ella sacrificó parte de su juventud en el camino. Cuando le dijo que estudiaría un curso de enfermería para ayudarla en

su proyecto en primera línea de batalla, se sintió orgullosa. Dejó los estudios de física en La Sorbona para convertirse en su mano derecha, una amiga más que una hija. Capaz y templada, aunque tan solo tenía dieciséis años cuando comenzó a asistirle y dieciocho cuando viajó sola a Bélgica para supervisar los aparatos de rayos X con los que se equiparon los hospitales de campaña. Luego llegaron Barleduc, Amiens... Se había comportado de un modo tan eficiente que Marie olvidó que su hija era poco más que una niña. Todos los afectados, los que participaron en la batalla o los que se quedaron en casa en una terrible espera, los que perdieron la cordura o los que la mantuvieron a su pesar, todos cambiaron de un modo u otro. El mundo entero había sido herido. Y su pequeña... No le había llegado a contar toda la historia, de eso estaba segura.

—¿Qué vas a hacer?

Una rama crujió al partirse por la mitad, devorada por las llamas. Irène pareció despertar del trance en que se mantenía y sacudió la cabeza.

—Necesito estar a solas, mamá.

La mujer asintió. Comprendía el dolor y cómo cada cual necesitaba de recursos diferentes para enfrentarlo. Cuando su esposo, Pierre, murió atropellado por un carruaje, ella sintió tal vacío en su vida que tan solo el estudio de la física pudo llenar parte de ese pozo que se abría en su pecho. Ni siquiera sus hijas pudieron apartarla del trabajo agotador y de los experimentos sin fin. Solo el tiempo había atenuado esa ausencia, por eso sabía que Irène necesitaba tener un reencuentro con el pasado y hundirse en el fango hasta las rodillas para luego volver a coger impulso.

Devolvió la carta a su dueña y le acarició la mano antes de retirarla. Quiso mostrarle con ese gesto todo el apoyo que estaba dispuesta a brindarle, y la joven se lo agradeció con una leve sonrisa. A Marie le hubiera gustado quedarse y

que apoyara la cabeza en su regazo, como en aquellas noches en las que ambas debatían los asuntos del día. Volvía junto con Pierre del hangar de la calle Lhomond después de su jornada laboral lidiando con los vapores sofocantes que generaba la concentración de uranio, y la paz llegaba cuando tenía a la pequeña entre sus brazos, junto con la certeza de que estaba criando a un ser extraordinario. Por ese futuro valía la pena el esfuerzo de la investigación para lograr que ella heredara un mundo mejor, por acariciar su cabello y escuchar cómo su mente despierta estaba llena de preguntas que intentaba responder siempre. Incluso la fatídica noche en que tuvo que sujetar la cabeza infantil y mirarle a los ojos para decirle por qué su padre jamás iba a regresar a casa ni le daría su beso de buenas noches. En esa ocasión lloraron juntas hasta la madrugada. Ahora, Irène le pedía librar su propia batalla en soledad y ella se lo concedería, porque, a veces, incluso la familia es un extraño si no ha estado en el foco del dolor, en los sucesos que lo provocaron.

–Mañana me llevo a la pequeña Hélène a dar un paseo y hablamos, si lo deseas.

Irène asintió, pero su madre pudo advertir que su mente ya estaba retrocediendo en el tiempo, ajena a todo lo que la rodeaba en el presente. Supo que regresaba al momento en que el mundo que ellas intentaban mejorar a través de la ciencia se volvió loco.

La joven apenas fue consciente de cuando su madre abandonó el salón y la dejó sola frente a la chimenea. Podía sentir el calor de las llamas enrojeciéndole el rostro, aunque las manos estaban heladas. El resto de las sensaciones le eran extrañas, como percibidas por un cuerpo que no era el suyo, como si no pudiera aislarlas o identificarlas como propias. Se levantó con dificultad y una sola idea en su mente: la caja.

Salió de la estancia sin hacer ruido, apoyando con suavidad las plantas de los pies descalzos. Atrás había dejado los

zapatos planos que utilizaba a diario. El recibidor estaba vacío y subió la escalera hacia su habitación, intentando que la madera crujiera lo menos posible. No quería dar explicaciones. Debía encontrarse con los protagonistas de uno de los episodios más negros de la historia, de su historia, y no cabía nadie que no hubiera estado allí.

Entró en su habitación y cerró la puerta por dentro. Una punzada de culpabilidad la aguijoneó cuando se dio cuenta de que no había comprobado que Hélène estuviera bien, pero se tranquilizó pensando que Frédéric lo habría hecho. Era un buen padre, un buen esposo. Podía confiar en él. Abrió el armario donde guardaba su ropa. Los vestidos, sencillos, ocupaban tan solo una pequeña parte del espacio. El resto estaba invadido por notas, manuscritos y libretas que se mantenían en un equilibrio precario, unos encima de los otros. Tanteó con las manos debajo de aquella torre formada por parte de su trabajo científico y sacó una caja de madera. De superficie lisa, sin ningún adorno ni identificación, parecía un trasto más. Nada importante, aunque el cuidado con el que Irène la sujetó y se la llevó al regazo demostraba que para ella era especial. Le temblaron los dedos cuando deslizó hacia un lado el pasador de metal que aseguraba la tapa y, cuando el contenido quedó a la vista, se quedó unos minutos contemplándolo sin verlo en realidad. A un lado estaban las cartas, separadas por remitentes y atadas con cintas; eran pliegos de diferentes tamaños y repletos de letras de diversa caligrafía: elegantes y cuidadas en papel inmaculado, o en apretadas líneas con manchas que las emborronaban. Sacó los tres montones, deshizo los nudos que las sujetaban y las extendió en el suelo frente a ella. En un gesto automático, se llevó los dedos al cuello y palpó la diminuta cicatriz que marcaba la piel en un patrón oblicuo mientras las observaba. Acercó la mano para acariciarlas, pero se quedó a medio camino. Volvió a

la caja y sacó el resto de las cosas de su interior. El brazalete de tela con la cruz roja pintada tenía un desgarramiento que lo convertía en una cinta deshilachada; lo apretó en el puño mientras cerraba los ojos con fuerza y luego lo dobló cuidadosamente, dejándolo sobre sus rodillas. Cogió un paquetito con fotografías antiguas y recortes de revistas, y las fue contemplando una a una: un bebé dormido en su cuna; una mujer pelirroja con una pancarta en la mano y, agarrado a su falda, un niño pequeño con el pelo claro y mirada seria; el mismo niño, un poco más mayor, posando en su pupitre del colegio con una pluma entre los dedos. En la esquina inferior derecha de cada fotografía, un nombre, «Allan», y una fecha manuscrita: «enero, 1917», «mayo, 1923», «febrero, 1927». Suspiró.

Sacó una prímula cuyos pétalos amarillentos estaban delicadamente prensados, trozos de metralla en un bote de cristal que tintinearían al moverlos, un avión de papel. Y por último, un silbato de hueso unido a un cordón verde. Era pequeño, cabía perfectamente en la palma de su mano. Lo sostuvo entre los dedos y sintió cómo el frío que había atezado su piel momentos antes se templaba con el contacto de la superficie pulida, como si aquel objeto inanimado palpitará con rabia preguntándole por qué había tardado tanto en volver. Irène cogió aire y el aroma de los pinos cubiertos de nieve llenó sus pulmones. En el páramo, en alguna colina desnuda, bajo toneladas de barro o bajo el hielo, estaba sepultado el latido de un corazón. Irrumpieron entonces las imágenes que con tanto celo había clasificado, ordenado y guardado en compartimentos cerrados dentro de su alma. Los tabiques que había construido para retenerlas se habían roto, o mejor dicho, fue consciente de que tan solo había tejido finas láminas que, como telarañas, se quebraban con un solo manotazo. Y el golpe que las había desgarrado era Berthe y, con ella, el resto de recuerdos escaparon de su en-

cierro y volvió al frente de nuevo, a los temblores de las paredes de los hospitales de campaña al son de las bombas, a la luz de los quinqués sobre las heridas y las lágrimas de los hombres, al momento en que se quebraba una vida, a las ausencias terribles...

Apretó aquel silbato contra su pecho hasta que le dolieron las manos, hasta que se clavó la forma redondeada en el esternón, hasta que el dolor fue tan insoportable que prorrumpió en sollozos y se tendió en el suelo hecha un ovillo como una niña, sin despegar ese trozo de hueso de su cuerpo.

La guerra. Volvía de nuevo a la guerra.